

Tema para una novela trágica.

A LA STA. MARCELINA ALMEIDA.

—Continuación—

Querida Marcelina—Prosígamos, querida, nuestro cuento; pero antes me permitirás una pequeña digresión.—Hé pasado en el campo estos dos días de fiesta y á mi vuelta he sido informada que mis dos cartas anteriores han dado lugar á mil hablillas; que su lectura ha hecho santiguar, sin querer, á mucha gente, y que algunas almas timoratas se han asustado de mis revelaciones. Pero entre toda esa bulligrafía, lo que me ha dado mas risa, hija mia, son las inquietudes de cierto hombre *muy gordo y muy cristiano*, del cual me cuentan que se ha espaventado, al extremo de hacer vivas diligencias, para que yo no escribiera mas. Parece que este buen hombre, que por mas señas es uno de los mandaderos de nuestro viejito consabido, y uno de los mas calorosos propagandistas del talento y de las virtudes cristianas del hombre de los principios religiosos, decia entre otras cosas—*«que maldad! atacar a la misma virtud! desacreditar á la misma moral, á un hombre que es un ejemplo de virtudes! ah! esto es lo mismo que hacer un daño á la religion, es desacreditar á los hombres honrados!»*

Dios me dé paciencia, Marcelina, para sufrir esas hipocrecias del hombre gordo, de quien te vengo hablando—¿Con qué es un mal, quitar la máscara á los hipócritas? Conque se dañan los principios religiosos, costando de raíz la maleza que vemos aparecer en medio de ellos? Y yo tan cándida que creia que hacia un positivo servicio á esta pobre sociedad con mis revelaciones! Yo que he tratado en público este asunto, mas por creerlo de interés general para todas las familias, que por otra cosa! Pero tonta de mi que hago caso á esos escrúpulos mogigatos de los que se comen los santos y lloran cuando sus perversidades los muestran al mundo tal cual ellos son.—Mi conciencia me dice, Marcelina, que yo cumplo con un deber sagrado—fuera caretas, hija mia, y el que la haga que la pague! fuera engaños! fuera hipocresia! y que alguna vez el dedo de los buenos, señale en público á los que nos quieren hacer comulgar con ruedas de carreta.

Por mi parte, estoy resuelta á continuar hasta que te haya dicho la última palabra; si, lo tengo á mucho honor y no me he de dejar asustar por la gasonería alarmada.

Por mis dos anteriores, Marcelina, has de haber podido juzgar ya, que el argumento para la otra novela trágica, no puede ofrecer mas campo, para que una imaginación como la tuya, pueda sacar gran partido.

El contraste que es uno de los principales resortes de la novela, no puede ser mas resaltante, entre la familia de la novia y los otros dos personajes que pretendian asaltar la herencia. La trama de estos últimos tenia y tiene indudablemente un fondo osurioso de donde se destaca la mas inaudita maldad. Pero si te he de hablar con franqueza, descubro tambien una torpeza tan grande en los mercachifles, que por si sola desmiente ella el talento, la capacidad del hombre que, *segun sus propias opiniones*, se cree el mas aventajado de estas Repúblicas; y desmiente igualmente los humos del jóven que, tambien, *segun su propio decir*, no tiene rival en toda América!....

Te diré, Marcelina, porque lo creo así.—Ellos habian llegado ya á hacerse dueños de la niñita, y por consiguiente.... ya me entiendes.... este era un gran paso dado para llegar al pináculo de la buena vida.... para uno, la luna de miel; para el otro los sueños de una vejez dorada!

Pues, señor, era claro lo que quedaba por hacer.... siga el engaño! siga la farsa! sigan los sermones sobre principios religiosos! Siga la murmuración

sobre las familias de Montevideo, sobre su lamentable corrupción! Siga en fin la hipocresia adelante, y es mas claro que el agua.... que nuestro buen viejo hubiera llegado á ser el mentor, el dueño y el árbitro de aquella familia; y el hijo, el mas mimado de todos los hombres, y uno y otro los seres mas felices de la tierra, mercantilmente hablando, ó sea, bajo el aspecto de la gran vida que proporcionan los recursos á potes.

Ello es cierto, Marcelina, que con la paz, la armonia y la inteligencia domestica, el viejo padre de la niña hubiera tenido mas larga vida;—que la madre, cuyo corazon está hoy aavesado con una espada de dolor, hubiera tambien prolongado su vida, y que todo eso no hubiera dejado de presentar ciertos inconvenientes—Mejor y mas expeditivo era tratar de dar el golpe de pronto, y sin mas consideracion, ellos se dijeron. Pongamos mal á la hija con la madre, á esta con el padre y por este medio triunfaremos de la hijita, de la madre y del padre! Pero ¡oh! providencia divina! oh! juicios impenetrables!

Cuando mas ardia el fuego

Echaste el agua!.

Cuando todo estaba tan bien calculado falló la trama infernal—falló el negocio de cierta escritura, falló el otro negocio de un testamento que estaba á medio hacer, y lo que es mas, falló el amor idólatra de la madre que, si bien lloraba lágrimas de sangre, viendo su engaño, aunque tarde, sintió que la indignacion le daba fuerza bastante, para decir—*atras á los explotadores y no ser por mas tiempo el juguete!....*

Ahora, Marcelina, tengo que darte á conocer ciertas cartas que corroboran cuanto llevo dicho... oh! no creas que he concluido, no.... estamos al principio del asunto.... y tú, y el público han de ir sabiendo cosas admirables!

El hombre gordo de quien te he hablado al principio tiene tambien su rol en nuestra novela... Ya verás como sale tambien á bailar... Quien le habria de decir al tal cristiano viejo, que tambien habia de venir á figurar en letra de molde!

Es verdad que eso no es tan asombroso como el chasco que le ha pasado al viejito de los principios religiosos, que cuando menos lo esperaba sale tambien á la palestra; pero bailando en otra cuerda que la suya, esto es, apareciendo, no tan cristiano, no tan santo, ni tan alto, ni con tanto talento como él solo se presume.

Que quieres, Marcelina? cosas del mundo!

Adios... pronto seré contigo y con mis caros lectores.

Angela.

Posdata:

El Padre Aludido.

Ya habia puesto mi firma en esta para mandarla á la Imprenta, querida Marcelina, cuando me traen la *República* con un artículo firmado así:—*El Padre aludido*.

Parece, querida, que nuestro viejito se ha conocido, y yo debo estar orgullosa de haber hecho su retrato á la perfeccion.

Me ocuparé de darle su merecida contestación—La cosa se va poniendo bien.... habrá que reir, no lo dudes.

Solo tengo tiempo para pedirte, Marcelina, que te fijes bien en el aire beatito con que habla el viejo.... Eso si, ya te lo he dicho, si lo dejan hablar, y hablase solo él.... Jesus! Jesus! es capaz de llevarse el mismo y llevar á sus hijitos hasta la canonización.... Qué lento.

Hasta mañana, querida Marcelina, prepárate para mi cuarta misiva.

Angela.